



Hékate nacimiento y muerte en sus devotos

Cuando el llamado de alguna deidad se hace presente en nuestra vida es muy difícil pasar por alto su petición, aquella energía que nos traspasa el alma y que le da un sentido a nuestra existencia.

En la mayoría de los casos tomamos la decisión de interiorizarnos en el mundo de los Dioses casi en un estado catártico, donde solo lo que impera es la experiencia vivida y la sensación de contacto real. Más allá de los muchos cuestionamientos propios y ajenos frente a lo certero de la experiencia, lo cierto es que cuando llega Hékate a tu vida todo por un segundo se paraliza para tomar un nuevo respiro. Siempre lo he asociado al momento exacto donde aquel bebé recién nacido expande sus pequeños pulmones con fuerza y decisión para empezar a vivir. Así nosotros como seguidores de la Diosa tomamos fuerza, empuje y vitalidad en este primer e inesperado encuentro para empezar un nuevo camino.

Y si bien, ingenuamente pensamos que este primer encuentro será uno entre muchos, con el pasar del tiempo nos damos cuenta que fuimos partícipe de una experiencia única, irrepetible y conmovedora. Y cuando entendemos esto en profundidad empezamos a buscar todo lo necesario para mantener esa relación o contacto con lo divino, pues no queremos que se disipe en la realidad de lo cotidiano. Volvemos a ser estudiantes, nerviosos, ilusionados de todas las posibilidades que se empiezan a abrir ante nuestros ojos. Cada intento, cada esfuerzo nos acerca un poco más a aquella energía que nos eclipsó desde el primer momento.

Cuando nuestro compromiso persiste en esta búsqueda de “algo” tan poco comprensible para la sociedad actual, empezamos a sentir esa necesidad del reencuentro. Y vemos como a través de cada ritual o celebración que realizamos, esa energía va llegando poco a poco para almacenarse en algún lugar recóndito de nuestro espíritu. Cuando estamos preparados, tiempo que es variable en cada persona dependiendo de sus propias experiencias, empezamos a sentir que la Diosa no nos abandona, que nos acompaña en nuestra vida, en cada acto y sentimiento. Ese es el momento en que verdaderamente nos

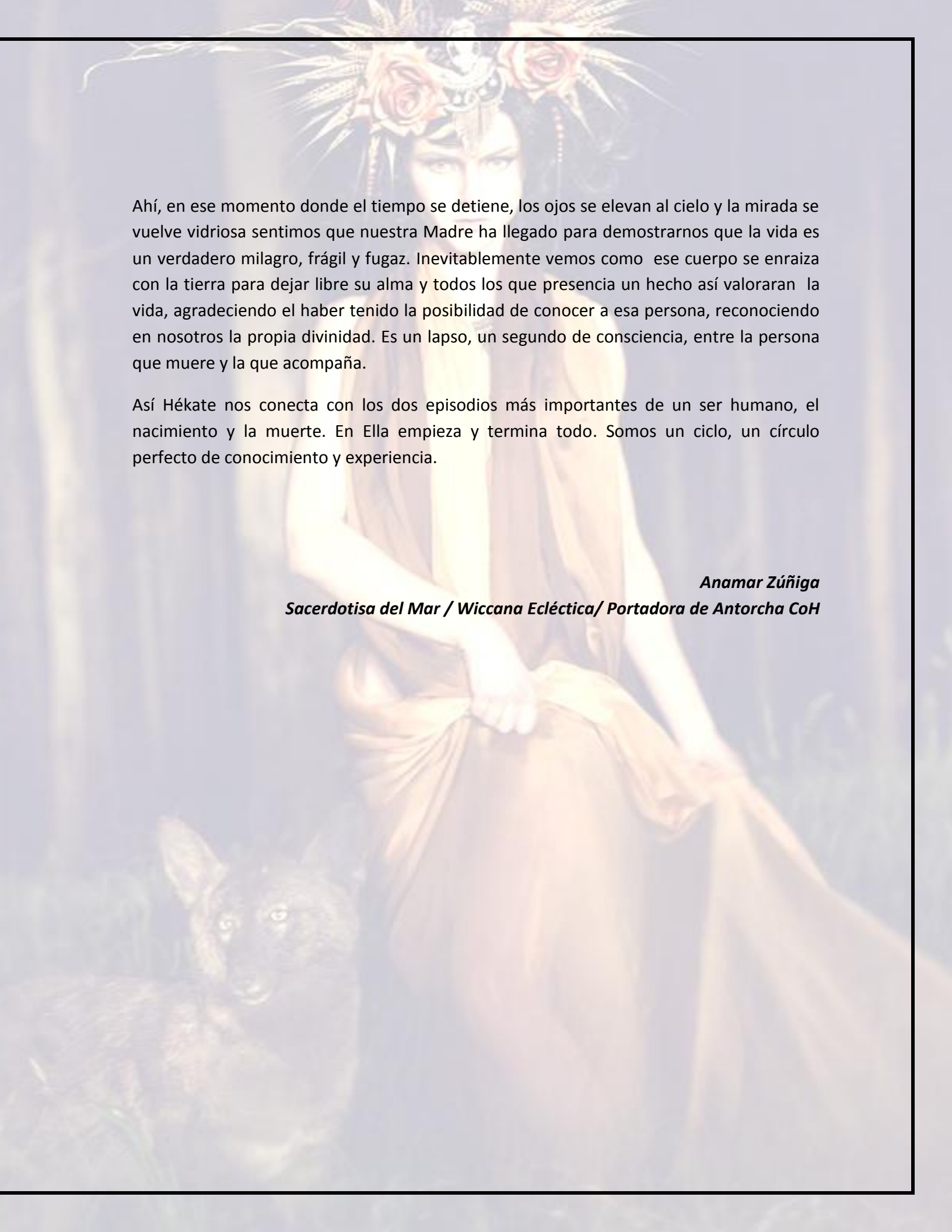
Sentimos hijos de Hécate. Ya nunca más estaremos solos, porque Ella está ahí, sosteniendo nuestra mano y ayudándonos a entender sus misterios.



Pero esta Titán, Alma Cósmica, sólo se hará presente a sus devotos o todos tendremos la oportunidad de sentirla al menos una vez en la vida?

Cuando acompañamos a alguien en el momento de su muerte Hécate, Señora del Inframundo, Diosa liminal, no solo se reserva para sus devotos, se muestra en plenitud ante todo aquel que tenga el valor y coraje de acompañar en el momento de la muerte a otro ser humano.

Creo, a título personal que cada vez que la muerte empieza a hacer su entrada en los últimos minutos de vida de una persona tenemos la maravillosa posibilidad de apreciar su energía, de sentirla deslizarse entre este mundo para ayudar a transitar entre los planos.

A woman with a golden crown adorned with roses and feathers sits in a forest. She wears a flowing golden robe. In the lower-left corner, a wolf is visible. The background is a soft-focus forest scene.

Ahí, en ese momento donde el tiempo se detiene, los ojos se elevan al cielo y la mirada se vuelve vidriosa sentimos que nuestra Madre ha llegado para demostrarnos que la vida es un verdadero milagro, frágil y fugaz. Inevitablemente vemos como ese cuerpo se enraiza con la tierra para dejar libre su alma y todos los que presencia un hecho así valoraran la vida, agradeciendo el haber tenido la posibilidad de conocer a esa persona, reconociendo en nosotros la propia divinidad. Es un lapso, un segundo de consciencia, entre la persona que muere y la que acompaña.

Así Hécate nos conecta con los dos episodios más importantes de un ser humano, el nacimiento y la muerte. En Ella empieza y termina todo. Somos un ciclo, un círculo perfecto de conocimiento y experiencia.

Anamar Zúñiga
Sacerdotisa del Mar / Wiccana Ecléctica/ Portadora de Antorcha CoH